

Texto- Santiago 4:11-12

Título- No hables mal de tu hermano en Cristo

Proposición- Si hablamos mal de otros, demostramos una actitud altiva, en vez de la humildad.

Intro- Como he mencionado en otras ocasiones, parece que el versículo más conocido de toda la Biblia tal vez ya no es Juan 3:16, como antes- “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” Parece que ahora el versículo más conocido es Mateo 7:1- “No juzguen, para que no sean juzgados.” Es el versículo favorito de cada incrédulo que es confrontado con su pecado, y, desafortunadamente, es el versículo favorito de muchos cristianos también, aun cuando son confrontados bíblicamente por un hermano en Cristo. “No me juzgues”, es lo que dice- o, tal vez, lo que nosotros hemos dicho- “no juzgues, para que no seas juzgado.”

Y hemos estudiado en el pasado la importancia de no malinterpretar este versículo- porque en el mismo contexto de Mateo 7, Cristo no dijo que nunca deberíamos juzgar, sino que deberíamos tener mucho cuidado de que no tenemos la viga sobresaliendo de nuestro ojo mientras intentamos a sacar la paja del ojo de otro. Y más adelante en el mismo capítulo 7 de Mateo, Cristo, en el mismo discurso, dice, “Cuidense de los falsos profetas, que vienen a ustedes con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conocerán.” Entonces, ¿qué está mandando Cristo? Que juzguemos conforme a los frutos, que tengamos discernimiento. Cristo no enseñó que es siempre mal y siempre pecaminoso juzgar- lo que pasa es que no debemos juzgar a la ligera, y deberíamos tener mucho cuidado a quien estamos juzgando. Es una cosa juzgar a un falso maestro, un lobo vestido como oveja, y así protegernos de sus errores- es otra cosa juzgar a tu hermano porque tú no piensas que él lee la Biblia suficientemente, o porque él o ella no alcanza tu idea de una persona santa. Este es pecado, como vamos a ver hoy. Lo que necesitamos hacer es seguir las palabras de Cristo en Juan 7:24, y juzgar con justo juicio- no juzgar a la ligera, y no juzgar conforme a nuestros propios estándares y nuestros propios pensamientos, sino con justo juicio- y hacerlo muy poco- muy poco- y hacerlo con muchísimo cuidado.

Quiero decirlo de esta manera- no deberíamos siempre estar dudando la salvación de otras personas en la iglesia que no actúan conforme a cómo nosotros pensamos que deberían actuar, y no deberíamos estar siempre juzgando a nuestros hermanos en Cristo que no tienen los mismos estándares y creencias como nosotros. Otra vez- no deberíamos siempre estar dudando la salvación de otras personas en la iglesia que no actúan conforme a cómo nosotros pensamos que deberían actuar, y no deberíamos estar siempre juzgando a nuestros hermanos en Cristo que no tienen los mismos estándares y creencias como nosotros. Es fácil hacer estas dos cosas- todos nosotros lo hemos hecho- y creo que puede ser aún más peligroso en una iglesia con sana doctrina que quiere ser pura, que quiere ser una iglesia que glorifica a Dios en todo. Estos son buenos deseos, y deberíamos tenerlos- pero es tan fácil para nosotros tomar sobre nosotros mismos la responsabilidad de arreglar las vidas de los demás, tomar sobre nosotros la responsabilidad de purificar a nuestra iglesia por medio de confrontar a todos aquellos que no viven conforme a mis estándares, tomar sobre nosotros la responsabilidad de correr de la iglesia a las personas que consideramos no ser salvas, para que tengamos una iglesia más pura y santa.

El problema, hermanos, es que no queremos correr a los hermanos y hermanas más débiles de nuestra congregación, porque, conforme a I Corintios 12, los necesitamos- vamos a leer lo que dice I Corintios

12:22-26 [LEER]. Entonces hermanos, cuando tú y yo confrontamos a una persona en orgullo, cuando hablamos mal de él o ella y le juzgamos conforme a nuestros estándares, o nuestra interpretación personal de la Biblia, y ellos se desaniman, y por eso no quieren regresar a la iglesia, y ya no están con nosotros, ¿qué hemos hecho? Hemos pecado- hemos pecado grandemente en contra de Dios, y hemos dañado a nuestra iglesia- porque necesitamos a estos hermanos y hermanas más débiles- necesitamos a personas que están luchando fuertemente con sus pecados- necesitamos a personas que todavía no tienen toda la victoria sobre sus pecados que les asedian.

Entiendo que hay un equilibrio aquí en cuanto a juzgar a otros- pero yo creo que, a través de los años de la existencia de esta iglesia, hemos enfatizado suficientemente que sí hay tiempos cuando necesitamos juzgar- necesitamos discernimiento- necesitamos confrontar a otros en su pecado- y no niego nada de estas verdades que he enseñado. Pero también tenemos que ver la otra parte- que el mandamiento de Dios es no murmurar, es no hablar mal de otros, es no juzgar a la ligera, es no quebrantar al débil. Quiero que leamos otro pasaje- yo sé que nos estamos extendiendo mucho en la introducción, pero creo que es muy importante establecer la base correcta antes de ver estos dos versículos en Santiago- quiero que leamos ahora Mateo 12:18-21 [LEER]. Es el versículo 20 que quiero que veamos- hablando de Cristo, el Dios perfecto, dice, “la caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará.” Fíjense en la ternura de nuestro Salvador- la caña tiene una grieta, una raja- Él no la quiebra, no la quebranta completamente- el pábilo humea- más humo que fuego- pero Cristo no lo apaga. ¡Qué tierno es nuestro Salvador, qué compasivo, qué amoroso para con los débiles!

Pero muchas veces nosotros actuamos de la manera contraria- quebrantamos completamente a la persona caída, la persona desanimada, la persona débil- le confrontamos con tanta fuerza y con palabras tan duras y severas que ya no puede más, y se quebranta completamente. Vemos a una persona que es como una vela con un fuego pequeñito, está humeando, nada más, y ¿qué hacemos? Lo soplamos. Pero Cristo no- no apaga este pábilo, esta mecha, que está a punto de desaparecer, sino lo protege, aviva el fuego. ¡Cuán tierno es nuestro Salvador con los débiles! Esto es lo que nosotros tenemos que aprender también.

Entonces, todo esto es para introducir nuestro tema de hoy- Santiago nos lo presenta al principio del versículo 11- “hermanos, no murmuren los unos de los otros.” Aquí está el tema de estos dos versículos de manera muy clara- no murmuren los unos de los otros, no hablen mal los unos de los otros- no lo hagan, punto- bajo ninguna circunstancia.

No tenemos ningún derecho de hablar mal de un hermano o una hermana en Cristo- no debemos murmurar a sus espaldas, no debemos juzgarle a la ligera, como vemos en el resto del versículo. Murmurar, en este contexto, tiene que ver con hablar mal de una persona. Y el hablar mal quiere decir hablar de manera condescendiente, o tratar con altanería. Fíjense que no es solamente decir algo que es incorrecto, o falso- obviamente esto está mal, y nunca deberíamos hacerlo. Pero este mandamiento es más general, y puede referirse a decir algo cierto, algo que es la verdad, pero de manera denigrante, de manera que difama a la persona o demuestra que estamos hablando como que estemos más alto que él o ella, en una posición mejor. Es cualquier tipo de hablar en contra de o con otra persona de manera que no es sometida a Dios en humildad.

Y no es solamente hacerlo a sus espaldas- así es normalmente- es hablar con otra persona, es chismear de la persona, y esto es pecado. Pero también puede ser directamente a la cara de la persona- puedes murmurar de él, o hablar mal de él, o ella, a su cara. No pienses que nunca es pecado lo que dices cuando

lo dices directamente a la persona- no justifiques tus palabras juzgadoras solamente porque las dijiste directamente a la cara de la persona- el hablar mal de alguien es hablar mal de él o ella a su cara o a sus espaldas- es el mismo pecado.

Y cuando lo hacemos, cuando hablamos mal de otros, demostramos una actitud altiva, en vez de una actitud humilde. Y así podemos ver la relación con el punto anterior, con los versículos anteriores, de la necesidad de la humildad. Necesitamos humillarnos ante Dios- pero cuando murmuramos de otros, y hablamos mal de ellos, y juzgamos a ellos, esto demuestra orgullo, no humildad- y por eso es pecado en contra de Dios.

Vamos a ver tres verdades en este pasaje en cuanto al pecado de hablar mal de otros- y especialmente de otros cristianos. Quiero que entendamos que, si hablamos mal de otros, demostramos una actitud altiva, en vez de la humildad. Y ¿qué vimos en el versículo 6 de este capítulo? “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.”

En primer lugar, vamos a aprender que

I. El hablar mal de otros demuestra una falta de amor y hermandad- vs. 12

¿Por qué digo esto? Fíjense en la primera parte del versículo 12- ¿cuál palabra se repite tres veces? El verbo murmurar, pero ¿qué otra? Hermano- “hermanos, no murmuréis los unos de los otros. El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley.” Santiago está enfatizando este pecado en el contexto de la iglesia, entre hermanos en Cristo. Y por eso es especialmente malo- por supuesto es pecado hablar mal de cualquier persona, pero es peor cuando es tu hermano, o hermana, u otro familiar- peor cuando es alguien de tu sangre- peor cuando es alguien que es parte del mismo cuerpo, parte de la misma familia, y que ha sido salvo por la misma sangre de Cristo. Nadie es superior al otro, y por eso nadie debería hablar con otro como juez de su vida.

Entonces, el amor verdadero entre familiares es parte de lo que controla nuestras bocas- y por favor no pierden la relación entre el mensaje de hoy y el pasaje que estudiamos en el capítulo 3- la necesidad de controlar nuestras bocas y nuestras lenguas. Obviamente, cuando hablamos mal de otros, cuando les juzgamos con nuestras palabras, no estamos refrenando nuestras lenguas, y causa grandes problemas. Cuando actuamos como el juez de la vida de otra persona, y le lastimamos con nuestras bocas, es un gran pecado en contra de Dios, y demuestra una falta de amor y hermandad.

Porque, la única razón por la cual hablamos mal de un hermano es porque hemos empezado a pensar mal de él- es decir, todo esto empieza en la mente, y en el corazón. La única razón por la cual hablamos mal de otros y les juzgamos de manera incorrecta es porque pensamos que somos mejores que ellos. Si lo queremos admitir o no, nuestro orgullo es la raíz- pensamos que es nuestra responsabilidad demostrar a la persona que está mal, conforme a lo que nosotros pensamos- que es nuestra responsabilidad bajarle los humos- que es nuestra responsabilidad mostrarle que todavía no ha alcanzado el nivel que Dios espera- y que nosotros sí hemos alcanzado.

Todo esto empieza en la mente y en el corazón. Si no amamos a nuestros hermanos y hermanas verdaderamente, vamos a caer mucho en este pecado de murmurar, de hablar mal de otros. Si no reconocemos nuestras propias fallas, sino que nos enfocamos siempre en los pecados de otros, vamos a caer

mucho en este pecado. Si no oramos por nuestros hermanos y hermanas, vamos a hablar mal de ellos y pensar que somos mejores que ellos y estar frustrados e impacientes porque no son tan santos como nosotros, porque siguen pecando, porque siguen cayendo.

Obviamente, si la persona no se da cuenta de sus pecados y sus luchas, si está en un pecado y no se arrepiente nunca y no entiende el peligro de su situación, tenemos que decir algo, confrontarle en amor para su bien. Pero nuestro problema es que también tendemos a confrontar a aquellos que sí saben que tienen un problema y sí están luchando- tendemos a confrontar a aquellos que sí están buscando a Dios y creciendo, pero tal vez no tan obviamente como nosotros nos gustaría ver- tendemos a desanimar a personas que están intentando en la vida cristiana- y esto es pecado. Necesitamos discernimiento- pero mucho más, necesitamos el amor- necesitamos la humildad- necesitamos atesorar la hermandad que tenemos como parte del cuerpo de Cristo.

Te pregunto- ¿has demostrado el amor de la hermandad en Cristo recientemente, o has demostrado una actitud altiva, una actitud de juicio, para con tus hermanos y hermanas en Cristo? Se aplica a tu esposo o esposa, especialmente para ustedes que tienen matrimonios cristianos- se aplica a tus hijos e hijas, especialmente los que son salvos- se aplica a tu papá y mamá, especialmente ustedes que tienen papás cristianos. Y, por supuesto, se aplica a cualquier hermano o hermana que es parte de esta iglesia- ¿cómo has hablado con ellos o ellas recientemente? ¿Has hablado con alguien de manera orgullosa, juzgando, hablando mal de sus vidas, juzgando lo que hacen y no hacen porque, conforme a tus estándares, no están bien? ¿Dónde está nuestro amor, el amor que cubre multitud de pecados? Si la persona está a punto de perderse, en peligro por su pecado, por favor confróntale- pero si tu hermano está aquí, y luchando, y buscando a Dios, aun si está cayendo mucho, ánimo, fortalécele en el Señor, no hables mal con él o acerca de él, no le juzgues conforme a tus estándares, sino edifica a tu hermano, en amor, y en humildad.

En segundo lugar en este pasaje aprendemos que

II. El hablar mal de otros demuestra una desobediencia (y malentendido) de la ley- vs. 11

Versículo 11- “El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley; pero si tú juzgas a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez.” Entonces, cuando hablamos mal de un hermano- a su cara o a sus espaldas- si le juzgamos cuando está intentando a obedecer a Dios, cuando sí viene a la iglesia y es afectado por la Palabra de Dios- si le juzgamos conforme a nuestros estándares y conforme a lo que nosotros consideramos santo y correcto, la Biblia dice que estamos juzgando no solamente a él o a ella, sino también a la ley.

¿Cómo? Primero, porque la ley nos dice que debemos amar a otros, amarles como a nosotros mismos, actuar para con ellos como queremos que ellos actúen para con nosotros- y cuando murmuramos y juzgamos a ellos, estamos desobedeciendo estos mandamientos, estamos diciendo que esta parte de la ley no nos aplica. Y mientras juzgamos a otro por no obedecer parte de la ley, nosotros tampoco estamos obedeciendo toda la ley, porque menospreciamos la parte del amor para con nuestro prójimo.

También, juzgamos a la ley porque cuando hablamos mal de alguien y le juzgamos, estamos diciendo que sabemos mejor que la ley- que la ley nos manda a amar, pero nosotros sabemos mejor- que la persona no necesita amor y compasión y ayuda, sino ser golpeado por la ley, ser confrontado con dureza con la ley en vez de edificado con la Palabra de Dios.

Es tristemente chistoso- porque, como dije, juzgamos a alguien por no obedecer una parte de la ley, mientras nosotros, por juzgar, ¡también estamos desobedeciendo una parte de la ley! No tiene sentido- tal vez sí, la otra persona ha caído en un pecado- pero cuando le juzgas en vez de ayudarlo a levantarse, tú también has caído en pecado- eres igual de malo como la persona que estás juzgando. Todos nosotros caemos en pecado- y, por mayor parte- y especialmente en la iglesia- nos damos cuenta, y nos arrepentimos e intentamos a salir adelante. Entonces, en vez de hacer leña del árbol caído, ayúdale, anímale con la Palabra. ¿Entendemos lo que quiero decir? En vez de patear a la persona mientras ya está en el suelo, en vez de juzgarle de tu posición de arriba, inclínate para ayudarlo- siéntate en el suelo con él o ella para animarle y después ayúdale a levantarse.

Porque es fuerte lo que dice al final del versículo- “si tú juzgas a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez.” Como cristianos, entendemos que nuestra responsabilidad es ser hacedores de la ley, hacer lo que Dios nos manda, vivir conforme a Su voluntad. También podemos pensar en el tema de este libro- de la necesidad de ser hacedores de la Palabra, y no solamente ser oidores. Pero si vamos a ser hacedores de la ley, de la Palabra de Dios, tenemos que estar seguros que no juzgamos a la ley, sino que la obedecemos. Necesitamos tener cuidado de cómo hablamos con nuestros hermanos y hermanas, necesitamos tener cuidado de no murmurar y no hablar mal de nadie y no juzgarles incorrectamente, para que podamos obedecer a Dios y ser hacedores de Su ley y no vivir por encima de la ley.

Y finalmente, podemos ver en este pasaje que

III. El hablar mal de otros demuestra el orgullo- vs. 12

El versículo 12 dice [LEER]. Esto es- o debería ser- la parte más impactante de todo el mensaje. Cuando hablamos mal de otros, demostramos mucho orgullo, porque estamos exaltándonos más arriba del dador de la ley- quien es Dios. “Uno sólo es el dador de la ley, que puede salvar y perder.” ¿A quién se refiere? A Dios.

Dios decide a quien salvar y a quien no- Dios decide a quien disciplinar y a quien no. Y por eso, cuando nosotros juzgamos a alguien como no salvo, debería ser con muchísimo temor- porque si Dios ha salvado a esta persona, y le ama, y le ha cubierto con la sangre de Su Hijo, y tú dices que no es hijo de Dios, te has puesto más arriba que Dios, te has exaltado más arriba que el mismo dador de la ley.

Es lo mismo pensando en aquellos que reconocemos como cristianos- tenemos que tener cuidado de no hablar mal de ellos y no juzgarles a la ligera, porque son los hijos de Dios- son personas que Dios ha salvado, son tus hermanos, si te gusta o no, y deberías tener muchísimo cuidado de lo que dices de ellos, o a ellos. Es puro orgullo pensar que sabes mejor que Dios, o actuar como que sepas más que Dios, en vez de humillarte ante Él y Su ley.

Otra vez, por supuesto, tenemos que tener discernimiento- podemos juzgar por los frutos, pero esto es especialmente en el contexto de líderes espirituales y predicadores- sí necesitamos ayudar a la persona que se está perdiendo sin darse cuenta. Pero no podemos, bajo ninguna circunstancia, establecernos como una autoridad más alta que la ley ni más alta que el mismo dador de la ley.

Piénsalo así- ¿quieres declarar tu propio veredicto sobre una persona y su vida, cuando honestamente no sabes lo que Dios dice de él o ella? ¿Qué pasa si tu opinión de la persona es diferente que la de Dios? ¿Quieres ponerte como una autoridad arriba del dador de la ley? No. Con cuidado, hermanos- rescata a tu

hermano o hermana del camino a la perdición, por supuesto, pero no juzgues tan fácilmente su salvación, o si debería ser bautizado, o si debería servir, o si debería participar en una actividad. Ora por mucho discernimiento para tu pastor y los otros líderes espirituales en cuanto a estas decisiones, pero cuidado que no tomes sobre ti mismo una responsabilidad que honestamente solamente pertenece a Dios.

En caso de que todavía no sintamos suficientemente la fuerza de esta verdad, el versículo 12 termina diciendo, “pero tú, ¿quién eres para que juzgues a otro?” No pases por alto estas 4 palabras, “pero tú, ¿quién eres?” Responde en tu propia mente. ¿Crees que eres el juez de tus hermanos en esta iglesia? ¿Que tienes la responsabilidad de arreglar las vidas de todos? ¿Que tienes que hablar con cada persona que no hace todo conforme a tus opiniones? ¿Que tienes el derecho de dudar constantemente la salvación y vida espiritual de otros aquí en esta iglesia local? “Pero tú, ¿quién eres para que juzgues a otro?” ¿Eres Dios, el dador de la ley? ¿Crees que puedes vivir así, tan ocupado constantemente con los pecados de otros, y todavía honestamente ser humilde? ¿La manera en la cual te relacionas con otros y piensas de otros y hablas con otros demuestra que eres una persona humillada ante Dios, o una persona que piensa mucho de sí mismo?

Aplicación- Para terminar con la aclaración y aplicación necesarias, piensen conmigo. Tenemos que entender el equilibrio bíblico en cuanto a juzgar a otros conforme a sus frutos. Porque claro, el discernimiento cristiano es absolutamente necesario- sí necesitamos aprender a juzgar a otros conforme a sus frutos- pero esta verdad bíblica se aplica, ante todo, en cuanto a los maestros y predicadores y pastores, a aquellos en autoridad que enseñan. La idea de juzgar conforme a los frutos no es entrar a la iglesia y decidir, basado en las obras de las personas, si son cristianos o no, si están viviendo bien la vida cristiana o no. No es eso para nada. El énfasis de Cristo, ante todo, era que siempre necesitamos el discernimiento espiritual cuando escuchamos a alguien predicando o escribiendo algo de la Palabra de Dios, para que no caigamos en errores y falsa doctrina.

También, por supuesto, cuando ves a tu hermano en un pecado constante, y no se da cuenta- o se da cuenta, y obviamente se ha endurecido y no quiere nada que ver con Dios ni Su Palabra ni Su iglesia, tenemos la responsabilidad a confrontar en amor, y en oración.

Pero no tenemos ningún derecho nunca a murmurar, a hablar mal con o de alguien, a juzgarle a la ligera, conforme a nuestras opiniones y nuestros propios estándares. Ninguna iglesia va a ser perfecta, y aunque sí queremos una iglesia pura y santa, aunque sí queremos mantenernos separados del mundo y su pecado, también queremos que los cristianos que todavía están luchando muchísimo con ciertos pecados, los cristianos que todavía caen mucho, queremos que ellos estén aquí, en esta iglesia local, con nosotros- esto es lo que queremos- o deberíamos querer- porque los miembros más débiles son los más necesarios. En vez de desanimar a personas cuando vemos problemas en sus vidas, en vez de juzgarles constantemente por sus luchas, en vez de pensar que no tienen derecho a ser bautizados o llegar a ser miembros porque no alcanzan cierto nivel de madurez- en vez de hacer todo esto, en contra de lo que Dios nos manda, necesitamos humillarnos ante Dios, practicar el amor de hermanos, y no pensar que sabemos mejor que Dios y Su ley. Necesitamos reconocer que el cuerpo de Cristo, la iglesia local, necesita a todo tipo de cristiano- bebés así como maduros, débiles así como fuertes, para que el cuerpo funcione, para que cumpla su propósito como luz del mundo y de ser un lugar precisamente para los perdidos y los lastimados.

Hermanos, queremos personas en nuestra iglesia que luchan mucho con ciertos pecados- queremos personas aquí que todavía no tienen la victoria plena en ciertas áreas de sus vidas, pero siguen luchando. Porque son ellos que atraen a más necesitados- atraen a personas que ven que la persona está luchando, aun como cristiano, y que está recibiendo ayuda en la iglesia y no está siendo rechazada, y por eso también quiere venir aquí para ayuda. Necesitamos a cristianos débiles también porque de esta manera aprendemos la humildad, y aprendemos cómo ayudar a otros, cómo fortalecerles y animarles en vez de hacer leña del árbol caído. Si hablamos mal de otros, demostramos una actitud altiva, en vez de la humildad. Si actuamos y hablamos así como iglesia, necesitamos cambiar- ahora. Apenas el lunes empecé a leer un libro que se llama “Fariseos Inconscientes”- hablando de personas que actúan como fariseos, como personas religiosas y espirituales que son mejores que otros y juzgan a otros- pero no actúan así a propósito, sino llegan a ser así sin darse cuenta. Y yo creo completamente que era en la providencia de Dios que empecé a leer este libro, porque me ha ayudado, en cuanto a lo que yo necesito hacer en mi vida, y también porque me ayudó a preparar este mensaje. Hermanos, que no seamos fariseos inconscientes.

Aplicación para los incrédulos- Antes de terminar, necesitamos pensar en una cosa más- y es el hecho de que, a diferencia que nosotros, Dios siempre tiene el derecho de juzgar, y siempre lo hace perfectamente. Por eso, si no eres hijo de Dios, en vez de juzgar a tus familiares y amigos y personas en esta iglesia por ser hipócritas, en vez de juzgar a los demás como malos, considera a ti mismo. No te compares con otros seres humanos, compárate con lo que la ley de Dios demanda- que es, la obediencia perfecta. Y si no alcanzas Su estándar, Dios sí tiene todo derecho de juzgarte- y lo hará, si no te arrepientes de tus pecados para confiar solamente en Cristo para la salvación.

Nadie hoy en día quiere pensar en Dios como un Dios de juicio, sino solamente un Dios de amor. Pero Dios es el dador de la ley, el creador de la ley, y si no la obedeces perfectamente, Él tiene todo el derecho de hacerte sufrir las consecuencias- y la Biblia nos dice cuales son- “la paga del pecado es la muerte.” Reconoce tus pecados y tu necesidad de Cristo, y el hecho de que, si no crees en Él, estás bajo Su juicio.

Pero las buenas noticias son que Cristo te puede salvar del juicio de Dios, de la ira de Dios que mereces sufrir- porque murió en la cruz y sufrió todo por nosotros. Derramó Su sangre para que podamos ser perdonados de nuestros pecados y reconciliados con Dios. Tu fin es una eternidad bajo el juicio de Dios si sigues confiando en ti mismo, o si ignoras la Palabra de Dios- pero la salvación puede ser tuya si te arrepientes y crees solamente en Cristo para la salvación. Hoy puede ser el día de tu salvación, y el día de tu adopción en la familia de Dios.

Conclusión- Entonces hermanos, vamos a considerar nuestras vidas a la luz de este tema, y considerar cómo actuamos y hablamos como iglesia. Les pido que, juntos, reconozcamos nuestro pecado de hablar mal de otros y juzgarles, para que podamos empezar a vivir en más amor en esta parte del cuerpo de Cristo. Porque si hablamos mal de otros, demostramos una actitud altiva, en vez de la humildad, demostramos que pensamos que sabemos mejor que Dios y Su ley, y desanimamos a aquellos que necesitan ser animados y fortalecidos. Hermanos, que demostremos más amor con nuestras bocas y actitudes, para tener más y más unidad como iglesia local.

Preached in our church 7-16-17